

El milagro de San Brandano (de una miniatura antigua)

ISLAS FABULOSAS DEL OCÉANO ATLÁNTICO

Para terminar nuestras investigaciones acerca del conocimiento que había de América en los tiempos antecolombianos, sólo nos falta tratar de algunas islas fabulosas que se suponían situadas en el Océano Atlántico.

La leyenda inventada por Platón, el poeta de la antigüedad clásica, tratando de la maravillosa Atlántida, se había inculcado tan profundamente en el pensamiento de los pueblos que no era fácil que pudiese desvanecerse tan pronto.

La creencia de que existían grandes páramos al Oeste del mundo conocido, en medio del Océano Atlántico, y á los que la Naturaleza había prodigado las mayores magnificencias, tomó tal cuerpo en la Edad media, que hasta en las cartas geográficas de la época se encuentran consignadas diferentes islas fabulosas, si bien no se les da en todas el mismo nombre. La más antigua de estas islas es sin duda la de San Brandano.

San Brandano era prior de Clesainfert, en Irlanda, y murió el 17 de mayo del año 577. La Iglesia celebra su fiesta el 16 de dicho mes.

Según la tradición, navegaba con setenta y cinco monjes por el Océano para buscar la Tierra de Promisión, de la cual le había hablado el hermano Barintus. Anclaron en diferentes islas, unas de las cuales resultó ser el lomo de un pez enorme.

En esta supuesta isla celebraron el sacrificio de la misa los frailes, y acumulando combustibles para hacer fuego, encendieron una hoguera debajo de un caldero para hacer la comida. No bien comenzó á arder, cuando notaron que se movía el suelo bajo sus pies, en vista de lo cual se refugiaron precipitadamente en su barco, desde el cual vieron todavía, á dos leguas de distancia, brillar el fuego de la dicha hoguera.

Este sólo es un episodio del viaje, pues á los navegantes les ocurrieron otros espeluznantes peligros, de los cuales se libraron siempre por la divina gracia. Por fin, al cabo de siete años de vagar sin Norte, llegaron á la Tierra de Promisión, sobre cuyas fértiles vegas brillaba constantemente un día sin ocaso y los árboles estaban perennemente cargados de frutos. A los cuarenta días de excursión por aquel país encontraron los frailes á un adolescente, circundado por un nimbo de luz, el cual les dijo que cargaran su barco con piedras preciosas y frutos y emprendieran el regreso. «Dios, dijo el mancebo, ha dejado buscar durante siete años al piadoso Brandano la tierra que un día será visible á sus descendientes.»

Esta leyenda, desprovista de todo valor literario, y que sólo confirma el hecho de que la fantasía de todos los tiempos, tanto la profana como la cristiana, ha colocado la tierra de la bienaventuranza en los últimos límites del mundo, tiene alguna importancia para la geografía, porque en al-



Parte de la carta geográfica dibujada por Pizigano en Venecia en el año 1367

gunas cartas de la Edad media se encuentra consignada la isla de San Brandano; por ejemplo, en el globo terráqueo de Martín Behaim del año de 1492, á los 50° Oeste del meridiano de la costa portuguesa y en medio del Océano, se ve una isla con la siguiente inscripción: *565 años después de Jesucristo llegó San Brandano á esta isla, vió en ella muchas maravillas y siete años después se volvió á su país.*

Otra segunda isla fabulosa aparece en el siglo XIV en diferentes cartas geográficas con el nombre de *Brazil*, por ejemplo en una carta del Atlas de Mediceano del año 1351. En otra carta de Pizigano, del año de 1367, ostentan el nombre de *Insula de Bracir* tres islas, de las cuales una está situada al Norte de las Azores y las otras dos al Sudoeste de Irlanda.

En cartas posteriores de aquel siglo y de los siguientes aparece el mismo nombre con las variaciones de *Brazil*, *Brazylle* ó *Brasile*, sin que en ninguna esté demostrada la situación fija de la isla, pues ésta aparece tan pronto en una parte como en otra del Océano. Parece ser que no han dejado de hacerse tentativas para hallar la imaginaria isla, pues en una obra publicada en el año de 1778 con el título de *Gulielmi de Worcester Itineraria*, se indica que el 15 de julio del año de 1480 emprendió Juan Jay desde Bristol un viaje en busca de la isla de Brazylle, el cual viaje resultó completamente infructuoso. También Pedro de Azala, embajador de España en la corte de Inglaterra, hace mención en una carta del 25 de julio del año de 1498 de que hacía siete años que se habían hecho varios viajes desde Bristol en busca del citado islote.

El nombre de éste aparece aún en diferentes cartas geográficas de los siglos XVI, XVII y XVIII, así como también en el gran mapa de Jefferys del año 1770, pero con la siguiente advertencia: *Imaginary island of O. Brasil.*

Otras islas fabulosas eran las de *Tanmar* ó *Danmar*, *Mayda*, *Asmaides*, *Verde* y *Antilia*. Los nombres de éstas han ido desapareciendo en parte de los mapas á medida que se han alcanzado conocimientos más exactos del Océano Atlántico; pero algunos se han conservado casi hasta los tiempos modernos.

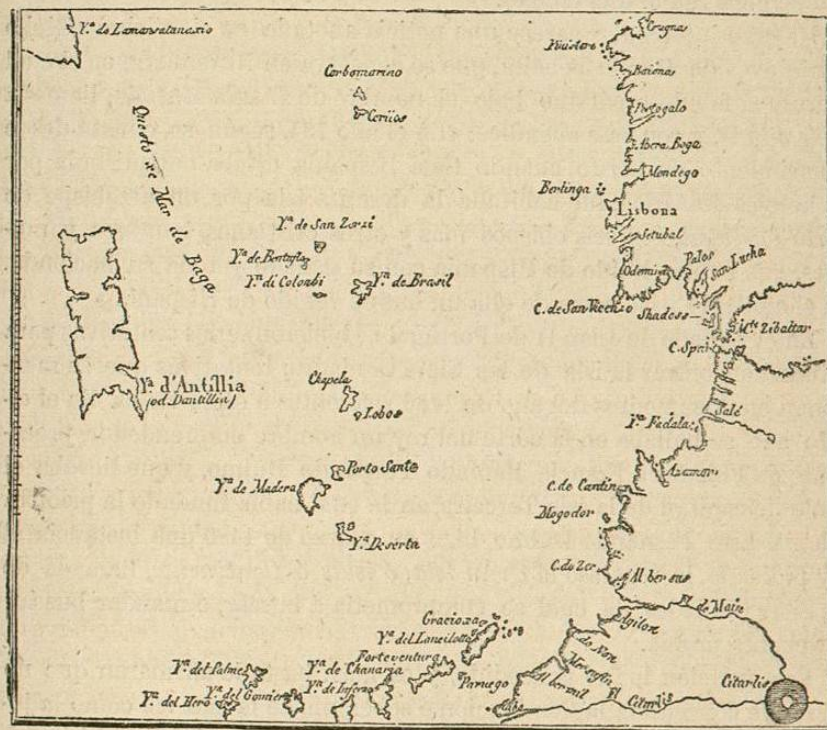
El que se sostuvo más es el de Antilia ó Antilla, que fué sin duda la antigua Atlántida.

Según se dice, en el año de 1414 llegó un buque español á las inmediaciones de esta isla. Diez años después aparecen en un atlas italiano que se conserva hoy día en la Biblioteca de Weimar la parte Norte de la isla Antilia, otra segunda en forma de rectángulo, llamada *Mano de Satanás*, y otra tercera en forma de hoz.

En otra carta dibujada probablemente en el año de 1436 por Andrés Bianco se ve confirmada la versión de que por aquel tiempo habían pe-

netrado barcos españoles hacia Occidente, pues al Mediodía de Antilia, entre esta isla, la de *Mano de Satanás* (1) y la parte Noroeste del grupo de las Azores, se leen las siguientes palabras: *Questo hé mar de Spagna.*

El genovés Bedario ó Bedrazio ha dejado una carta geográfica compuesta, según Humboldt, en el año de 1434, en la que también está consignada Antilia con esta advertencia: *Insula de novo reperte.* Al Oeste de



Parte de una carta geográfica dibujada en Venecia en el año de 1436 por Andrés Bianco

esta isla se encuentra otra cuadrada que lleva el nombre de *Royllo*. Además, el dibujante Andrés Benicasa dibujó un mapa por el año de 1476, en el que da á la isla Antilia forma prolongada y hay en ella bahías dibujadas, como si hubiera sido reconocida minuciosamente. La repetida Antilia también está consignada en las cartas de Bartolomé Pareto, de

(1) La mencionada isla de *Mano de Satanás* aparece con frecuencia en leyendas italianas, las cuales dicen que diariamente salía de entre las olas del Océano una mano de tamaño colosal y arrastraba barcos y habitantes de la isla á los profundos abismos.

Fray Mauro, Ortelius, Mercator y Toscanelli, y con frecuencia se la ve aparecer con el nombre de *Sette Cidades* ó *Sete Cidades* (isla de las Siete Cidades), pues, según una leyenda, en el año de 714, después de la derrota infligida por los moros al rey español Rodrigo, llegaron cristianos fugitivos á una gran isla del Océano Atlántico.

Los fugitivos iban acompañados de un arzobispo y seis obispos y cada uno de ellos fundó una ciudad.

De gran interés nos parece una noticia anotada en el célebre «Globo terráqueo,» de Martín Behaim, que se conserva en Nurenberg, en el cual aparece el fabuloso páramo bajo el nombre de *Insula Antilia*, llamada *Septe citade*, y con este apéndice: «En el año 734, según se cuenta desde el nacimiento de Cristo, cuando toda Hispania estaba conquistada por los herejes de Africa, fué habitada la descrita isla por un arzobispo de *Porto Portugal*, con seis obispos más y otros cristianos, hombres y mujeres, que habían huído de Hispania con su ganado y toda su hacienda. En el año 1414 pasó cerca de ella un buque venido de Hispania.»

En el reinado de Juan II de Portugal se hicieron serias tentativas para volver á encontrar la isla de las Siete Cidades; tentativas que se mencionan en documentos del año de 1486 referentes á estos viajes. En el citado año se hallaba en la corte del rey un hombre emprendedor, procedente de Flandes ó Francia, llamado Fernando Dulmo, y que llevaba el título de capitán de la isla Terceira, en la cual había fundado la primera colonia. Este Fernando Dulmo hizo en marzo de 1480 una instancia al rey pidiendo le regalase la *Gran isla, ó islas ó Continente*, llamada de las Siete Cidades, la cual se comprometía á buscar, ó mandar buscar, por cuenta propia.

Esta petición le fué concedida, y es más: hasta le afirmaron que no sólo se le concedería la dominación ó soberanía de la isla, así como la jurisdicción de ella y de todo el terreno que descubriese, sino que á la vuelta de la expedición sería honrado con un título nobiliario. Se le dieron también plenos poderes para tomar posesión de todos los países que descubriese, sin tener que esperar órdenes del rey. Este último se reservaba la décima parte de todos los productos y beneficios que reportasen aquellas tierras.

La seguridad que se tenía del buen resultado de la expedición lo demuestra el hecho de que, para el caso en que Dulmo no pudiera someter sin más auxilio que sus gentes á los habitantes de los países que conquistara, se comprometía el rey Juan á enviarle una escuadra y tropas, que estarían á las órdenes del explorador.

Desgraciadamente no le fué posible á Dulmo sufragar por sí solo el coste de la expedición, y el 12 de julio de 1486 tuvo que celebrar un con-

trato con un tal Juan Afomso, que habitaba en la isla de Madera, por el cual contrato se comprometía este último á fletar dos buenas carabelas provistas con los víveres necesarios y todo lo concerniente á estos buques, como también ocurrir á todos los gastos de la travesía, mientras que Dulmo se encargaba de buscar pilotos y tripulación y de satisfacer los salarios de ésta. Como indemnización á los desembolsos que hiciera Afomso, cedíale Dulmo la mitad de todos sus derechos sobre las tierras que descubriesen.

En los documentos que tratan de este expediente, que se hallan en la *Memoria historica sobre o intentado descobrimento de uma supposta ilha ao Norte de Terceira* (págs. 62-73) escrita por Bernardino José de Senna Freitas, se certifica además que cada uno de ambos empresarios mandaría una carabela y elegiría un piloto; pero que si al cabo de cuarenta días de navegación no descubría Dulmo (cuyo barco marchaba delante) tierra, tendría que resignar también el mando de su carabela en Afomso y acatar cuantas disposiciones tomase éste hasta su regreso á Portugal. En cuanto á la administración de las tierras que descubriesen, ninguno podía dar órdenes prescindiendo del otro. La jurisdicción había de hacerse ajustándose á las leyes de Portugal.

Juan Afomso tenía también derecho á utilizar los servicios de un escribiente pagado por Dulmo, comprometiéndose por su parte á gratificarle, pues por lo visto se hallaba en muy críticas circunstancias, con seis mil reales de plata.

La validez de este contrato se sometería á la aprobación y confirmación del rey Juan, y una vez otorgado el permiso por éste, tenían los dos compañeros que cumplir estrictamente todas sus cláusulas, quedando obligado el que á ellas faltase á pagar una indemnización de 2.000 *usadas de oro*.

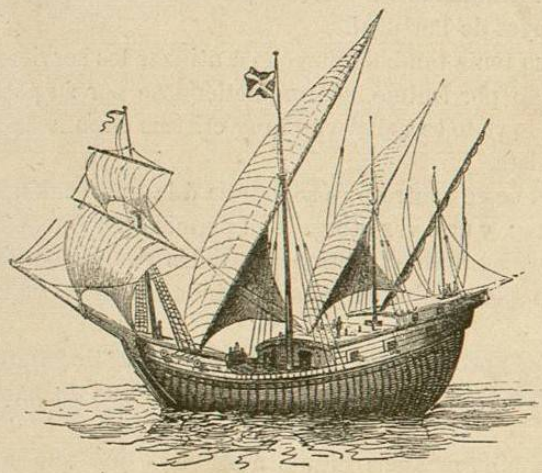
Todo esto fué aprobado por el rey Juan el día 24 de julio de 1486, volviendo también á confirmar á Dulmo la promesa que le había hecho el 4 de marzo.

Esta última circunstancia indujo á Afomso, que quería evitar toda interpretación dudosa, á dirigirse repetidas veces al rey con la súplica de arrendarle todas las islas y tierras que descubriesen una vez transcurrido el plazo de los cuarenta días que tenía que seguir su carabela á la de Dulmo. En estas instancias hacía observar el solicitante que proveería de víveres á las carabelas para seis meses.

El rey Juan concedió también este permiso el día 4 de agosto de 1486, pero con la condición de que estos derechos sólo serían valederos si las problemáticas tierras se descubrían en el transcurso de los dos primeros años.

También es de interés la participación que en esta travesía tomó un noble alemán, al cual le dieron á escoger la carabela que quisiese. Desgraciadamente no es conocido su nombre, pero es posible que fuera nada menos que el mismo Martín Behaim en persona, el cual, á últimos del siglo xv, estuvo mucho tiempo en Portugal, y en el año de 1486, á la vuelta de su expedición á las costas occidentales de Africa, llevada á efecto en compañía de Diego Cao, contrajo matrimonio con la hija de Jobst de Hurter, gobernador de las islas Fayal y Pico.

Lo que resultó del común proyecto de Fernando Dulmo y Juan Afonso es completamente desconocido, pues los cronistas portugueses no dicen nada sobre si se realizó ó no el proyectado viaje.



Buque portugués del siglo xv



Cristóbal Colón,

De un retrato atribuido á Antonio del Rincón

CRISTÓBAL COLÓN

Y SU PROYECTO DE UNA TRAVESÍA OCCIDENTAL Á LA INDIA

La creencia de los antiguos de que la Tierra tenía la forma de una bola y que el Océano no era una extensión ilimitada de agua, sino que se hallaba rodeado de tierra firme, dominaba también en el ánimo de los más célebres pensadores y sabios del siglo xv. Gran número de filósofos estaban plenamente convencidos de que allá lejos, en el extremo occidental del Océano Atlántico, debía de haber un nuevo mundo, y este con-